

TIERRA Y LIBERTAD

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y Administración: Calle de Tallers, núm. 16, 2.º

Paquete de 30 ejemplares: 1 Ptas.

La cosa electoral

La batalla. — Facilidades. — La adhesión. — Las promesas. — El proletariado barcelonés. — Gubernamentalismo burgués. — Incapacidad progresiva de la burguesía. — El ideal. — Verdades amargas

Se ha dado la batalla. La solidaridad burguesa ha triunfado de la antisolidaridad burguesa.

La solidaridad obrera, refugiada en la mente y en el sentimiento de los menos, ha presenciado con dolor la defección de los suyos, pobres ilusos que, como el perro de la fábula, abandonaban la realidad por la ficción, y corrían a alistarse voluntarios en las mesnadas de los señores coaligados ó en las del caudillo popular.

Los trabajadores votantes, analfabetos muchos, atiborrados los más de esas lecturas políticas que como embutidos de sofismas sirve á diario la prensa burguesa, y excitados todos por la picante elocuencia del mitin; enemistándose previamente, como corresponde á hermanos que han de luchar en opuestos bandos; calándose unos la baretina catalana y otros el gorro frigio, han dado á sus candidatos sus votos, despojándose con esa donación de su libertad, de su energía, de su poder emancipador.

«Corred, les decían, á alistaros en el censo del partido, ved si vuestro nombre consta en las listas electorales, indicad si en ellas halláis omisión ó incorrecciones que pudieran dificultar el ejercicio de vuestro derecho, acudid sin falta y á primera hora á depositar vuestro voto y á vigilar para que no se conculque el derecho de ningún elector...» ¡Todo eran facilidades, todo benevolencia para el siervo de la mesnada convertido por un momento en ciudadano, en átomo fugaz de la ficción política denominada soberanía popular!

Y los trabajadores acudían al reclamo; el atavismo de la servidumbre, con que contaban los que manejan los resortes de la democracia, los que mueven á los hombres haciéndoles creer que siguen impulsos propios, no ha fallado, no podía fallar.

Firme hoy, más que hace mil quinientos años, el derecho de adhesión, que divide la humanidad en señores y esclavos, aunque atenuada hipocritamente la dureza de la expresión por esta otra más suave y manejable, «capitalistas y jornaleros»; dividida la riqueza social en frutos naturales, frutos industriales y frutos civiles, que acumulan dinero en abundancia para ellos, y en jornal alambicado por la sobreproducción, por la maquinaria y por la ley de la oferta y la demanda para nosotros; con el esoterismo burgués que da ciencia por dinero á los ricos en el bazar universitario, y con el exoterismo tradicional que conserva las creencias añejas negadas por el saber moderno, y sigue su curso apoyado más ó menos francamente en el hogar, en el templo, en el teatro, en la literatura, en el club ó en la prensa y hasta por el torpe é inexplicable conservadurismo senil de los sabios radicales que llegan con lucidez de entendimiento á la vejez, y quieren prolongar por los siglos de los siglos el error que personalmente rechazaron, ¡qué han de hacer esos pobres trabajadores despojados, hambrientos é ignorantes sino encantarse ante la música de las promesas!

Ni siquiera ha sido necesario prometer mucho: «el bienestar de Cataluña» prometían á cambio de votos en la barraca de la derecha; «la república», en la de la izquierda; cosas á la verdad poco precisas y substantivas, y que es dudoso que alcancen la precisión y substancia de la promesa—por supuesto incumplida—de aquel pretendiente al trono de Francia que ofrecía á sus futuros vasallos la gallina para la olla diaria.

¿Qué valor positivo tienen para el trabajador votante las promesas de ambas barracas? Uno solo: el crédito que les dé su imaginación. El elector obrero, excitado por la longanidad inagotable de los candidatos, tiene cierta semejanza con el megalomano ó maniático de las grandezas, que se cree en posesión de lo que sueña su perturbada razón y es relativamente feliz. El bienestar de Cataluña puede significar muchas cosas en las imaginaciones de los votantes al servicio de la solidaridad, pero sólo puede representar un balance más lucrativo para la burguesía en general y caiga el que caiga; y en cuanto al significado de la república, si no recordamos la desilusión de Pi y Margall en su paso por el poder, públicas y patentes están las hazañas de los burgueses republicanos de ambos mundos contra la riqueza social en general y contra el proletariado en particular.

Hablo con preferencia de Barcelona y de Cataluña, porque aquí he recibido más directamente mis impresiones, y dejo á mis compañeros y lectores de otras regiones que juzguen por sí mismos, con los datos propios y por analogía.

Además en el proletariado de Barcelona, sobre todo lo que el proletariado de España pueda tener de común, concurre el hecho de su prestigio histórico por la antigüedad de su lucha contra el privilegio, por el impulso que ha dado á la sociología, por la aureola gloriosa que le da el recuerdo de Montjuich, por la audacia más romántica que revolucionaria con que inició en el mundo la huelga general, y por tanto en Barcelona la actividad democrática del proletariado tiene mayor importancia y su triste resultado es más de lamentar.

Esos miles de votos obreros contados con regocijo en la Lliga de Cataluña y los contados con amargura en la llamada Casa del Pueblo son, cuando no otra cosa peor, energías perdidas para el ideal emancipador, para el progreso en general, para el bien de la humanidad.

Porque la verdad es que el gubernamentalismo burgués, en todas sus manifestaciones, desde la más reaccionaria á la más radical, es refractario al progreso; sus intereses de clase le impiden dar solución voluntaria á los grandes problemas sociológico-revolucionarios, entre todos y sobre todos el de la propiedad de la tierra, porque resolverla racionalmente equivaldría á un suicidio, lo que no puede exigirse á ninguna entidad y de que no hay ejemplo en la historia, ó una cesión voluntaria, lo que sería una repetición de la farsa del 4 de agosto en que la aristocracia francesa se despojó nominalmente de sus privilegios.

Recuérdese y repítase este notable juicio de Proudhon acerca de la burguesía, pronunciado hace ya más de cuarenta años, y que es de perfecta actualidad:

«No hay ya energía en su conciencia, no hay ya autoridad en su pensamiento, no arde ya su corazón, no hay ya en ella más que la impotencia de la senectud y el frío de la muerte. Y nótese bien lo que voy á decir ahora. ¿A quién debe la burguesía contemporánea ese esfuerzo sobre sí misma, esas demostraciones de vano liberalismo, ese falso renacimiento que nos haría tal vez creer la minoría parlamentaria, si no se reconociera su vicio de origen? ¿A quién hay que atribuir esa luz de razón y de sentido moral que no ilumina ni es ya posible que rescuite al mundo burgués? Sólo á las manifestaciones de esa joven conciencia, que niega el nuevo feudalismo; sólo á la afirmación de esa plebe de jornaleros, que ha tomado decididamente la delantera á sus antiguos patronos; sólo á la reivindicación de esos trabajadores, á quienes ineptos políticos de oficio niegan la capacidad, precisamente cuando acaban de recibir de ellos su mandato político.

«Que la burguesía lo sepa ó lo ignore, su papel ha concluido: no irá ya más lejos, ni es posible que renazca.»

Y si la burguesía está incapacitada para progresar, si el progreso le arrastra á pesar suyo, si el bagaje de fraudes, de agios, de explotación, de usura y de usurpaciones de que se componen sus tesoros le impide avanzar, únicamente al proletariado corresponde la iniciativa en el avance, y mal cumple su misión todo obrero que, renunciando al ideal emancipador, que no es ideal de clase, sino de amplitud humana, se alista en los bandos de la burguesía, se apasiona por el triunfo de uno de ellos y abandona á sus compañeros que sostienen con firmeza la reivindicación del patrimonio universal.

Sea dicho una vez más y ¡ojalá no fuera necesario repetirlo! Se trata de un nuevo ideal para la humanidad, de un nuevo concepto de la vida individual y colectiva. Ya no es cuestión de continuar la historia bajo la seducción del esplendor ficticio reflejado por mandarines, dogmatizantes y privilegiados, sino de rodear al individuo, á todos los individuos, de cuantos beneficios sociales y garantías vitales proporciona la naturaleza y ha creado la observación, el estudio, el pensamiento y el trabajo de los hombres de todos los tiempos y de todos los países, reunido en esa gran masa de riqueza material é intelectual denominada patrimonio universal, á cuya participación tienen derecho todos los nacidos de mujer, y en que toda participación privilegiada es una usurpación, un crimen de lesa humanidad. Ya las colectividades humanas no son rebaños encerrados en rediles ó fronteras y dirigidos por pastores y mastines, sino reuniones de individuos, cada uno de los cuales puede dirigirse al que se tenga por más, sea en concepto de dominador, sea en el de redentor, y con dignidad y conciencia lanzarle al rostro el histórico apóstrofo de los aristócratas castellanos: «No, que cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos más que vos.»

Aquí es ocasión de repetir por millonésima vez, no ya como una verdad, sino como un merecido reproche: «La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos.»

Y para el trabajador individualista que sienta anhelos de vida propia, de dignidad personal y que reconozca en sí las energías que impulsan á los hombres que no se ama-

sin en el vulgo, estampo este pensamiento, cuyo autor no recuerdo en este instante: «No tienes derecho á quejarte de la sociedad en que vives; si es mala, ahí estás tú para reformarla.»

Tal es la lección de cosas que ofrece hoy al proletariado español y particularmente al catalán la cosa electoral.

ANSELMO LORENZO

Bancarrotas del Radicalismo

Hay gentes, más cándidas que conocedoras, que no sabiendo relacionar los efectos con las causas, se admiran de la bancarrota fraudulenta del radicalismo político.

«Los radicales que componen los cuadros de la mayoría parlamentaria francesa hace ya algunos años, dice M. Cornely en *Le Siecle*, y que por varios motivos se aliaron con los socialistas, han llegado al término de su alianza...» Esto, que es verdad respecto de los radicales franceses, lo es también respecto de los radicales de todas las naciones, ó lo será cuando la política de esas naciones tome la amplitud de la política en Francia.

Pasó el tiempo del diletantismo político. La política actual es de intereses, de clases: es la lucha de clases llevada al terreno parlamentario.

En todas las asambleas legislativas, los trabajadores, es decir, el proletariado revolucionario, envían hombres escogidos para defender en su íntegra totalidad sus reivindicaciones, más urgentes y más extensas á medida que van adquiriendo la fuerza que dan la instrucción y el número.

Y cuanto más afirmen la intransigencia de su programa, más rechazarán á los radicales, hasta encontrarse frente á frente con los partidos francamente reaccionarios, reforzados con los contingentes de los ex aliados de los socialistas, con los ex-radicales.

«Habéis de seguir la bandera roja ó no seréis nada,» se ha dicho á los radicales; pero éstos, lejos de seguir la bandera roja, siguen la bandera de su clase, la de la clase burguesa, propietaria y explotadora, bandera sin color y cuyo símbolo cayó hace ya mucho tiempo en la falsedad y mala fe.

Lo lógico es que los que, por el monopolio y la usurpación burguesa de la riqueza social, tienen hambre, sean los que resuelvan el problema del hambre, sin duda, por un extremo tan sensible como inevitable, entre hecatombes y cataclismos sociales, pero con ese entusiasmo reconcentrado en el corazón del pueblo y con esa honradez que ilumina su ser moral, y sobre todo impulsado por esa necesidad—individual y social—que le exige comer hasta saciarse y que con toda dignidad levante su frente para disfrutar noblemente de la vida, de la naturaleza, de la sociedad.

Que los profesionales radicales de la política oculten sus maniobras con su fraseología, es natural, ellos no tienen hambre; pero el pueblo, que no está en su caso, les vuelve ó les volverá la espalda.

La cuestión es sencilla: el pueblo necesita pan, y si esos radicales no pueden ó no quieren resolver el problema, en seguida, sin frases, que se vayan, y cuidado... no sea que por no dar lo menos lo pierdan todo de un golpe.

(De *La Terre*, de Bélgica.)

LEG.

BURBUJES

Cartas á Mussette

Queridísima: Si te dijera que me encuentro bien de salud, mentiría. Es tal el asco que me han producido las pasadas jornadas electorales, que me encuentro enfermo del estómago, ahito de ver porquerías. ¿Cuándo, querida, se desengañará el pueblo? Voy convenciéndome de que va para largo, tal es la cantidad de virus político que le han inculcado los charlatanes de partido. No sé cuándo se convencerá la gente de lo inútil, de lo depresivo, de lo antiliberal que es la elección de semejante chusma. No sé cuándo verán claro que, una vez que votan, son, aun contra su voluntad, esclavos del individuo que han sacado triunfante de las urnas. Y es que aquí la retórica y los tópicos llenan el papel que debía desempeñar el ejemplo rudo, pero práctico. Llega un individuo que traiga embotelladas unas cuantas frases, hace cuatro piruetas retóricas, ejecuta unos juegos malabares y ya le tienes dueño de la muchedumbre. Y es que mientras el público no se acostumbre á obrar por cuenta propia, sin hacer caso de los consejos de Fulano y Zutano, créeme, vida mía, que es imposible la reconstitución moral del pueblo.

Yo, querida, no me gusta la pasividad que, respecto á las elecciones, observamos los anarquistas. Muy bueno y muy santo que se haga propaganda, que se celebren mitines antelecturales, que se procure convencer á los obcecados de que la monarquía, lo mismo que la república ó el socialismo, son idénticas tiranías, pues todas se basan en la fuerza y en la obediencia, ge-

neradoras ambas cosas de la esclavitud y la protesta. Yo, si mis buenos amigos y compañeros no se enfadases, les diría que en vez de convenecer hay que imponerse: es una necesidad de los tiempos. Y recomendaría, al mismo tiempo, el uso razonado, pero constante, del simbólico garrote y de la no menos simbólica *peladilla* del arroyo... Y cito, para terminar, que una *peladilla* en la cabeza de un presidente de mesa y un garrote sobre una urna no estarían del todo mal... Vendrían, por lo menos, á dar la nota festiva y regocijada en un día en que, por *virtud divina*, resucitan los muertos, entristeciéndose con sus carcajadas infernales la alegre y sonrojadora ciudad...

Hasta la próxima, Mussette. Se me hace tarde para el correo.

JOSÉ DE ZUALDE

Madrid, abril 1907.

¡Seis detenidos!

En la madrugada del día 28 último fueron arrancados de sus hogares por la policía, seis compañeros nuestros. Motivo: haber suscripto una carta *veinticuatro meses* atrás, protestando de su detención á raíz de los sucesos ocurridos á la salida de un mitin celebrado en el Palacio de Bellas Artes.

Verdaderamente nos ha extrañado, aunque no sorprendido, tales detenciones, después de tanto tiempo transcurrido y cuando nuestros compañeros no creían ser molestados por haberse amnistiado todos los delitos de imprenta.

Recomendamos á todos los compañeros, á todos los obreros y á todos los que sientan amor por la causa de la Justicia, no olviden que han quedado seis hogares más sin amor, sin jornal, y por ende compañeras é hijos sin pan, expuestos al desahucio y á todas las contingencias de la miseria negra. Contra el poder burgués opongase la nobleza de la solidaridad obrera.

Carta abierta

Amiga Luz: Veo regocijado que vas desechando de tu imaginación rutinarios consejos, y procurando esclarecer tu alucinada conciencia, leyendo la prensa anarquista en la cual verás retratada nuestras sublimes aspiraciones. En ella verás reflejada la lucha constante y tenaz por la emancipación de tu sexo; verás que no nos consideramos tu amo, ni queremos convertirte en esclava como algunos pretenden, sino la compañera confortable del hombre.

Nacidos en un mismo planeta, Natura nos brinda sus bienandanzas á todos en común. Somos seres vivientes expuestos á su rebeldía, y ella no reparará en el fuerte ni en el débil. ¡Todos sufran sus consecuencias! Por estas y por innumerables causas, cuya narración sería interminable, las cuales tendrás ocasión de leer, consideramos á la mujer con los mismos derechos que al hombre. Has emprendido el camino de mujer libre; sigue leyendo, impregna tu conciencia de las verdades confirmadas, y no tardarás mucho en que levantes altiva tu frente y ante la faz de la tierra monopolizada por los tiranos, te declares rebelde, exclamando: ¡Soy una de tantas!

Entonces te sentirás orgullosa de tu obra, y cuando algún hombre ose ó pretenda imponerte su mandato, consultarás á tu conciencia, rechazando, si así lo crees, el primer eslabón de la cadena de la esclavitud.

Tu juvenil edad te hará pensar y concederás una era de paz y bienestar, que como dice Faure, no está detrás sino delante de nosotros, radiante y accesible; verás la armonía consolidada y lucharás á nuestro lado sin tregua ni descanso; sufrirás, sí, pero si tu convicción es arraigada, irás hacia el punto del combate, donde el sol de la fraternidad humana iluminará la nueva etapa de la humana redención.

Sigue leyendo, y mira á través de la sociedad burguesa, el ridículo y repugnante papel de la mujer indiferente... Siempre á expensas del macho, y si éste la rechaza, el lupanar ó el prostíbulo es el asilo donde acaba miserablemente su vida.

FERNANDO RAMOS

Dowlais.

Algo sobre la decadencia del anarquismo en España

Otra vez se ha vuelto á hablar en estos últimos tiempos del tan traído y llevado asunto «Decadencia del anarquismo en España», sin que hasta ahora, como hace cuatro ó cinco años, sepamos á qué atenernos, por cuanto se hacen

afirmaciones que, después de no afirmar nada, son un contrasentido. El caso, presentado en todas sus manifestaciones, es merecedor de un detenido estudio, y una cosa que tal requiere, no debe en modo alguno ser con ligereza juzgada.

Uno de los puntos sobre el cual fundan su fallo quienes de otra manera no aciertan á ver las cosas, es el sindicalista. Para los que así saben apreciar, el movimiento de las muchedumbres en determinada dirección representa un estado no sujeto á reacción alguna en sentido represivo, no teniendo en cuenta, sin duda, la conciencia individual, que es la única que puede autorizarlas.

En todos los tiempos, en todas las épocas en que se propagaron ideales—no importa cuáles—sus hombres más activos desplegaron energía, en momentos dados inconcebible, á fin de hacerles tomar cuerpo en las masas, materia siempre necesitada para vencer, pero jamás esa poderosa falange por las minorías en movimiento puesta demostró conocimiento pleno del por qué se movía. De ahí que, atendiendo al error tantas veces evidentemente demostrado sobre la conciencia á las multitudes atribuida, no podamos conceder importancia á tales ó cuales hechos sin analizar la realidad que puedan tener.

Para decidir en pro de la infundada «decadencia anarquista» precíbase antes saber si el «anarquismo» estuvo en más apogeo que en la época actual, con relación al punto de que se trata y con demostraciones que no den lugar á duda, lo cual pretendemos en este pequeño trabajo.

El movimiento obrero en España ha manifestado bajo un aspecto radicalmente considerado por la mundialidad pensante y progresiva, y de exagerada subversividad por parte de las entidades autoritarias y demás interesadas en mantener intacto el social sistema que á ambas favorece. Efectivamente; el mundo observador y estudioso no se equivocaba al considerar como consideraba las manifestaciones colectivas, resultado éstas de la actividad desplegada por los propagandistas de una sociedad más armónica y justa; pero conste, en el fondo de esas manifestaciones existe una escasa realidad, siendo lo demás pura ficción y por ende de efímeros resultados. El efecto que en el ánimo de las masas explotadas produce la vehemente pasión con que los convencidos hablan de aquello por lo cual lo sacrificaron todo, es causa de la popularidad y según también los momentos en que convergen circunstancias aprovechables al fin que se persigue.

Los anarquistas han influido é influyen en todo movimiento económico, porque, constituyendo la división de castas el gran desconcierto social sintetizado en la propiedad vinculada por la autoridad, se considerarían fuera de su deber por cuanto la igualdad económica es la base de la social armonía y, por consecuencia, su aspiración única. De ahí los grandes esfuerzos dirigidos en todos sentidos por difundir las niveladoras teorías entre los únicos que, dicho sea una vez más, debieran ser absolutos dueños de todo lo creado.

Cuando en 1868 se dió á conocer la Internacional y sus principios comenzaron á propagarse de uno al otro lado, bien pronto los trabajadores, instigados por la constante propaganda, se organizaron en sociedades de oficio, formando grandes federaciones, cuya táctica á seguir discutíose en los distintos Congresos celebrados, consistente ésta, no sólo en el procedimiento para defenderse de los abusos patronales, sino en todos aquellos otros que, partiendo de los principios ya expuestos, decidiese la victoria del proletariado en beneficio de la humanidad en general, en la lucha cruenta que entre explotadores y explotados se libra diariamente, á todas horas y en todo momento. Pues bien; en todo esto estaba la influencia anarquista, obra fué, podemos decir, de los anarquistas, y, sin embargo, no es lo bastante para calificar, por cuanto, después de catorce años, cuando debido á una actividad poco menos que inimitable consigue el proletariado español hacer una gran ostentación de fuerza, procede á la dispersión.

Este solo hecho, entre los muchos análogos que podemos citar, bastaría para afirmar, siguiendo la opinión de los que creen al «anarquismo» decadente, que, lejos éste de progresar, ha ido decayendo cuando aun no había empezado á conocerse, cosa que constituiría un incomparable absurdo.

Hemos dicho ya lo que son las muchedumbres, las cuales, careciendo de convicción, pertenecen al primero que llega, aplaudiendo así los radicalismos de hoy y los reaccionarismos de mañana, y cuyo flujo y reflujo conviértese en cuestión de oportunidad, según las ocasiones; pero no es solamente esto. La represión por los representantes de la autoridad ejercida contribuye más que otro agente social cualquiera á la dispersión, y tales disposiciones obligan á cambiar de procedimiento á los individuos militantes. Las formas de manifestación de las ideas son distintas é hijas de la necesidad de la época, y fué por eso, porque aquel inusitado movimiento ha tenido efecto respondiendo á la exte-